

por ninguna parte. Con la vanguardia — los que ya están en Madrid á estas horas — empieza á hacerse difícil la circulación, á la caída de la tarde, por la Puerta del Sol y desembocadura de la calle de Alcalá. Preparémonos á quedarnos encerrados en casa; á vernos bloqueados por una muralla de carne.

* *

Después de las condiciones de local, vienen las de alojamiento — que de local son realmente también. — Si creyésemos lo que oímos, los forasteros no tendrían más remedio que acampar al raso ó dormir en los pórticos (¿en cuáles?), sistema que adoptan los aldeanos de Compostela la víspera de la fiesta del Santo Apóstol, patrón de las Españas. Deficientísimos y escasos son los hospedajes en Madrid; no hay capital europea que en este particular se encuentre peor habilitada; pero sin embargo, me figuro que todo acabará por arreglarse y la gente encontrará cobijadero, mejor ó peor (en lo de la calidad habrá que ser poco exigente). En efecto, sólo sé de un hotel algo regular en Madrid, el de la Paix; los demás dejan bastante que desear; y ni el de la Paix (que es muy caro), ni ninguno, se hallan instalados en edificios construídos *ad hoc*, no existiendo á mi ver cosa más incompatible con la idea de lo confortable que un hotel que no ha sido edificado para hotel.

Y caigo en la cuenta de que estoy refiriéndome á la nata y flor, á los hospedajes costosos, para gente de riñón cubierto, que viene decidida á romperle la crisma á unos cuantos cientos de duros; pero esto será lo excepcional. La inmensa mayoría de los forasteros habrá de acomodarse incómodamente en casas de huéspedes, mesones, posadas y alojamientos ocasionales, improvisados, y pagar como si estuviesen á gusto.

* *

De estas deficiencias saldrán muchas quejas, y más de las tres cuartas partes se volverán á sus casas llorando el dinero que soltaron en mal hora. No obstante, á los quince días apostaré que ya se tranquilizan y empiezan á persuadirse de que se han solazado mucho, mucho. En España tendremos poco dinero, pero no nos falta rumbo y humor para gastarlo, cuando se tercia.

A mi parecer, los festejos adolecerán de lo mismo que adolecen las calles de Madrid: de aglomeración, de dificultad circulatoria. Para que se me entienda: habrá demasiadas diversiones en pocos días.

Creíamos, allá en marzo, que todo el mes de abril sería ya un mes brillante, rebosando distracciones, una antesala de las fiestas; y he aquí que el mes de abril, sea por la muerte del rey abuelo, sea por el mal tiempo, sea por otras causas, ha transcurrido más desanimado y frío que suele transcurrir en cualquier año. Los salones, apenas entreabiertos, se cerraron, después de una espléndida fiesta de cuadros vivos que alborotó á la sociedad; los teatros serios se arrastraron trabajosamente, y poco á poco — obligado alguno de ellos por la tibieza del público — han ido dando fin á una temporada que soñaron prolongar al calor de los festejos; el Real no se ha atrevido á traernos á Bayreuth; y excepto en los colchones de muelles que vemos pasearse llevados en hombros por las calles, en los colchones de lana que vemos apalearse (grave infracción de las ordenanzas municipales) á la puerta de las casas, y á la nube de modistas, corseteros y peluqueros que procedentes de París han caído sobre Madrid para beneficiar la situación, en nada se conoce que estemos ya abocados á una *season* tan excepcional.

* *

El comercio espera vender; los fondistas y alquiladores de coches se las prometen felices; reinan, al parecer, la tranquilidad y el optimismo en los espíritus. Apenas extiende sobre ellos ligerísima, impalpable sombra, la noticia, publicada por los diarios, de que tal ó cual peligroso anarquista se ha colado por la frontera, con ánimo de aguarlos el vino...

Nadie piensa en ese coco moderno. Toda la atención está pendiente de cómo se organizarán y cómo saldrán los números innumerables del nutrido programa que todo él tiene que caber en unos cuantos días del mes de mayo.

Pierdo la cuenta de lo que en este corto tiempo van á zarandearse el vecindario de Madrid y sus huéspedes más ó menos ilustres, egregios y augustos. Bailes á tutiplén, algunos tan lucidos como se espera que será el de la Bolsa, por suscripción; baile y música en todas las instalaciones de los Círculos de recreo en el Retiro; kermesses; feria; batalla de

flores; iluminaciones; *garden party* y recepción en Palacio; fiestas particulares, imposibles de prever y de contar; funciones de gala en uno ó varios teatros; y lo puramente oficial, como el acto de la jura, al cual se cree que concurrirán, aumentando el esplendor, muchas y muy suntuosas carrozas de grandes que ejercen cargos palatinos... Se me olvidaban, ¡ahí es un grano de anís! los anuncios de grandes corridas de toros, con caballeros en plaza, y los por ahora proyectos no más de torneos, *carrousel*, etcétera. No sé si incluir entre los festejos las revistas, paradas y simulacros militares, y el *tedium*, solemnidad religiosa. Y estoy cierta de que se me olvida muchísimo de lo que tiene que entrar, venga estrecho ó venga ancho, en este mes de mayo bendito.

* *

Así que empiece el bureo no se verán los forasteros en la incertidumbre de escoger entre soltar la bolsa ó la vida. Ambas cosas corren peligro. La bolsa tiembla cuando oímos decir que los hoteles han duplicado y triplicado y quintuplicado sus precios; que por un coche para el mes de mayo piden siete mil pesetas de alquiler, más del valor íntegro del tren si se vendiese; que las subsistencias son un problema pavoroso, alrededor del cual va formándose un lago de tinta y otro de saliva derrochadas... La vida no creo que la saquen salva los que lleguen aquí con el afán de *verlo todo* y de *ir á todo*, y de no regresar á su pueblo sin haber tenido el gusto de contemplar á los archiduques y enviados extraordinarios de las cortes extranjeras (muy señores míos y de mi respeto).

En cambio, muchos pacíficos moradores de la villa y corte están ya de un humor empecatado, y juran y perjuran que sería cosa de tomar el tren é irse á una aldea bien solitaria. Desde sus casas madrileñas suspiran por El Tomelloso ó por Majadahonda. Parafrasean la célebre *Oda* de Fray Luis y la *Silva* encantadora de Lope de Vega; repiten, sin advertirlo, las frases de Quevedo encareciendo el descanso y el goce puro de la existencia campestre. Pero... ello es que no se van. ¿Qué habían de irse? Sí, en eso estaban pensando.

Al que más y al que menos le pica la curiosidad de ver en qué parará todo esto, si las fiestas resultarán un colosal *timo* ó una magia deslumbradora, ó buenamente (es la opinión de los sensatos) una cosa entre merced y señoría, á ratos buena y á ratos detestable, como al fin organizada algo atropelladamente y en un pueblo que tiene poca costumbre de «recibir.»

* *

No falta tampoco quien se alarme ante el trato que está sufriendo el bello, amenísimo, y (seamos justos) bien cuidado Parque del Retiro. Sus tranquilas y frondosas calles de árboles, sus frescas y lindas canastillas floridas, sus enarenados parterres, se encuentran estos días manchados, perturbados y ofendidos por legiones de trabajadores que renuevan el suelo, lo siembran todo de cascote, ladrillo y tablones, para erigir barracas, pabellones y quioscos, tribunas y palcos y demás tinglados de festejos. Hasta se murmura no sé qué de árboles cortados ó desmochados. Desde el punto de vista de la belleza del Parque, no cabe negar que están cometiéndose profanaciones. ¿Qué remedio? ¿Hay en Madrid acaso otro sitio donde armar fiesta? ¿No hacían otro tanto los monarcas de la casa de Austria, que alzaban sus teatros y tenían sus diversiones en el Retiro?

* *

Y al presenciar tanto preparativo; al sentir en el aire la vibración de una alegría tumultuosa, próxima á desbordarse en calles, paseos, teatros, en cuanto ofrezca á los sentidos un aliciente y á los ojos un pasajero deslumbramiento; al percibir ya el rodar de los millones y el aroma de las flores y la claridad de las luminarias y el estruendo de las músicas y el estallido de la pirotecnia; al escuchar ya el traqueteo de los trenes de placer y las pisadas de esa muchedumbre ávida de goces y puerilmente afanosa de emociones, que se precipitará en breve sobre la capital española, ¿diría nadie que somos aquellos de las colonias perdidas entre desmayos del alma é interrupciones del pulso; aquellos que en 1898 no acertábamos ni á conocernos á nosotros mismos?

Esta facilidad de la expansión, este buen humor latente que se descubre á cada momento propicio, ¿son feliz síntoma, ó son nuevo indicio de debilidad orgánica?

Confieso que no lo sé.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EN VÍSPERAS

¿De qué hablar sino de los festejos? Su obsesión es continua, y cuanto se dice, hace y piensa va guiado por una idea exclusiva; la de estas fiestas censuradas, comentadas, anunciadas pomposamente, traídas, llevadas, que serán causa de que se derrame sobre Madrid una ola de forasteros ansiosos de divertirse...

* *

Las fiestas, en los pueblos, son lo mismo que en las casas: la primera condición que exigen es local, marco, fondo adecuado. — ¿Lo tiene Madrid? Podría discutirse, y hasta negarse. Dos grandes elementos decorativos para circunstancias señaladas posee Madrid: el Parque del Retiro y el Palacio Real, con sus nuevos jardines y su magnífica plaza de la Armería. Los otros pulmones de la villa — Florida, Moncloa, etc., — se encuentran en situación nada á propósito para localizar allí festejos de carácter general. Y claro es que ni el ameno Parque ni el soberbio Palacio hacen olvidar la falta de una bahía como la de Lisboa, de un río como el Sena, ni de plazas y vías monumentales como el Carrousel, la Concordia, la avenida de los Campos Elíseos, etc., en París.

Madrid tiene sus vías de comunicación, las que forman precisamente el corazón de la villa, tan ahogadas, tan mal dispuestas, que no ya en festejos magnos como los que se preparan, sino con cualquier ocasión de las que á cada paso ocurren — procesión, formación de tropas, hasta corridas de toros, — se obstruyen; se hace imposible transitar. La gente, por otra parte, no peca de amable ni de complaciente, y la masa humana, solidificada por la carencia de espacio, se aprieta más aún por la terca resistencia á dejar pasar á nadie, aunque el transeúnte alegue la mayor urgencia, y aunque sea un ser débil, mujer ó niño, á quien aplastan con despiadada brutalidad.

Esta congestión ó infarto de las principales vías de Madrid es uno de los obstáculos más positivos y uno de los motivos de deslucimiento y descontento más fundados. Se aglomera la multitud y hay robos, sofocos, desazones. Calcúlese lo que sucederá si, como nos anuncian, se descuelgan aquí unos ochenta ó cien mil *isidros*; que con sólo echarse á la calle, sin más, bastan para que no se pueda dar un paso